

Jaime Ruiz de Peralta

PISANDO alfombras de Persia
que de sus pasos apagan
el ruido que hacer pudiesen
bajo de sus piés las tablas,
de un camarote á la puerta
llegó febril el pirata,
detiéndose un breve instante
indeciso, y al fin llama.

Y al notar que no responden
á sus golpes, la voz alza,
diciendo:—Soy yo, D. Jaime;
abre la puerta, Constanza.

Al obsequiar sus deseos
incontinenti, la dama
que mora en la reducida
y lujosísima estancia,

Jaime; pálido de asombro
ante la belleza y gracia
de aquella hermosa mujer,
se postra humilde á sus plantas
toma la orilla del traje
que viste la hermosa dama,
y llegándole á sus labios
besos mil en él estampa.

Ella sonríe, le tiende
su mano pequeña y blanca,
y de su humilde postura
ayuda á alzarse al pirata.

—«Hoy es el día,» — le dice.
Y él replica:—«Sí, Constanza:
tu pronóstico se cumple,
mi estrella mengua, se apaga.

»La brisa á correr empieza
con fuerzas huracanadas,
la tormenta estará encima
con la primer luz del alba.

»Todo sin duda á pasar
va, como tú lo anunciabas,
pero entera como siempre
encuentra el sino á mi alma.

»Mientras á tu lado esté
nada me impone ni alarma

y á todo temor ajeno
me encontrará la desgracia.»

—«No lo dudo, y sin embargo
no pierdo aún la esperanza,»—
le responde con voz dulce
la bellísima Constanza.

—«Pues vé como ello ha de ser,—
replica airado el pirata,—
porque si deben tener

cumplimiento tus palabras;
»si la tormenta comienza
no he de poder dominarla,

con cierta acritud la dama,
pero teme lo que aun pueden
revelarte mis palabras.

»Pero no: no quiero herirte:
lástima y piedad me causas,
y debo cumplir contigo
obligaciones sagradas.

»A Dios ofrecí mi vida
en rescate de tu alma
y he de hacer, Jaime, lo juro,
cuanto pueda por salvarla.»

—«La misión que te has impuesto,—
responde altivo el pirata,—

de intentar á las fuerzas
con que yo puedo estar fuerte,

»dadas razones que me hicieron
abjurar la fe cristiana
vivas estas en mi pecho,
vivas estas en mi alma

»De hombre de casa malhecho
y no como pobre y bajo
indiqué en gratuladas acciones
y un nombre sin arrisgadías,
»el título y nombre ilustre
que la cuna me negaba,
y á mí el mundo me
la suerte equívoca me ingrata

»Cargado con los deberes

que conquisté en cien batallas,
 en las que ilustré mi nombre
 con grande honor de mi patria,

»á ella volví presuroso
 porque á ella me llamaba
 un amor, casi infantil,
 mas de fuerza soberana.

»Recuerdo que aun era niño
 cuando en el altivo alcázar,
 contra cuyos fuertes muros
 mi pobrísima cabaña

»apoyándose en sus grietas
 sus paredes levantaba,
 una niña que era hermosa
 cual lo eres tú, Constanza,

»su preciosa cabecita
 á las rejas asomaba,
 y con armoniosas voces
 y dulcísimas palabras,

»á tomar parte en sus juegos
 cariñosa me invitaba.

Yo que cual ella era niño,
 seducido por su gracia

»procuraba complacerla
 y servirla y halagarla
 y ella mi solicitud
 con tierno afecto pagaba.

»Ello fué que yo, aunque niño,
 de edad y experiencia escasas,
 pronto llegué á conocer

que aquel continuo buscarla
 cuando ella en presentarse
 por casualidad tardaba
 no era un afecto infantil
 de esos que mueren y pasan
 sin dejar señal ni indicio
 de su paso por el alma;
 aquel afecto era amor,
 amor de esos que avasallan
 el corazón que los siente
 y en cuyo seno se arraigan.

»Cuán pequeño me vi entonces
 y cuán humildes y bajas
 me parecieron mi cuna
 y pobrísima cabaña!

»Yo necesito ser grande
 me dije; de gloria y fama
 puedo cubrir los harapos
 que al hombre humilde rebajan,
 y abrirme cual tantos otros
 con el valor y la espada
 las puertas de la fortuna
 y las palaciegas cámaras,
 y pretender algún día
 el amor y la alianza
 de la niña que se asoma
 á las rejas de ese alcázar.

»Participé mis proyectos
 á aquella niña agraciada,

y con delicia y sorpresa
 supe que también me amaba
 aquella inocente niña
 ángel de candor y gracia,
 tierno y adorado objeto
 de mis amorosas ansias.

»Huérfano; solo; sin padres
 á quienes abrir mi alma,
 ni comunicar mis planes,
 ni contar mis esperanzas,
 seguí mis inclinaciones
 y partí á tierras lejanas
 en la nave que primero
 levó las pesadas anclas.

»Amargos fueron los días
 de aquella época amarga;
 pero era joven y pude
 con paciencia soportarla,
 y al fin ingresar logré
 en un buque de la armada
 que para terror de ingleses
 mantenía el rey de España,
 y en pocos años mis hechos
 honrosos, en cien batallas,
 acreditaron el nombre
 de Jaime Ruiz de Peralta.

»El rey premió mis servicios
 con bondades señaladas,
 y contento de mí mismo,

con mi gloria y con mi fama
 volé como vuela el ave
 al bosque y nido que ama,
 á ponerlos á los piés
 de la niña del alcázar.

»Mas ¡ay! loco del que fía
 en femeniles palabras
 y de las hembras no teme
 la ingratitud y mudanza!

»La que dejé pequeñuela
 era ya joven formada,
 y sin duda temerosa
 de que sus años pasaran
 en ociosa soltería
 con perjuicio de sus gracias,
 encontrando demasiado
 prolongada mi tardanza
 olvidó sus juramentos,
 sus promesas más sagradas,
 y al volverla á ver la hallé
 con otro hombre casada.

»Quise de su atroz perjurio
 tomar cumplida venganza
 y á mi rival obligué,
 escupiéndole la cara,
 á un duelo en que le arranqué
 la vida, el aliento, el alma,
 que á todos tres en su pecho
 amplia puerta abrió mi espada.

»Si en ello hice bien ó mal
díganlo aquellos que aman
y miran su amor burlado
y muertas sus esperanzas.

»Si él no debió responder
del proceder de una ingrata
y en su olvido parte alguna
á su esposo no tocaba,
yo descubrirlo no quiero
ni al fin impórtame nada,
porque si á vivir volviera
segunda vez le matara!

»Amor es el egoismo
infinito de dos almas:
no niego que fuí egoista
pero lo fuí porque amaba.

»Razón tuve en confundir
á mi rival con mi rabia:
¿cómo permitir pudiera
que otro que yo disfrutara
la dulce dicha inefable
por mi corazón soñada?
no quiero yo responder,
hágalo por mí quien ama
y en sus amores tropieza
con semejante desgracia,
cuando no dió para ello
motivo, razón, ni causa.

»No pensaba de este modo
aquella mujer ingrata
de mi infortunio y el suyo
autora desventurada;
y al ver muerto á mi rival
á impulsos de mi venganza,
puso entre mí y entre ella
de un convento las murallas.

»¿Más qué obstáculo era aquel
para la pasión tirana
que cegándome los ojos
mi razón avasallaba?

»De su convento asalté
las mal defendidas tapias,
y la estroje de su celda
contra mi pecho abrazada,
y toda una noche fué
víctima de mi venganza,
y satisfechos con ello
mi amor, mis celos, mi rabia,
al amanecer huí
de aquel fatídico alcázar,
dejando á mi ingrata amante
ofendida y humillada.

»Cuando dos años después
volví á mi pueblo y mi patria,
supe con ira y espanto
que aun hoy sublevan mi alma
de aquella infeliz mujer

el infortunio y desgracia,
que por su injusticia fueron
de mi apostasía causa.

»Cuando humillada se vió
por mi iracunda venganza,
con lágrimas en los ojos
y la vergüenza en el alma,
no quiso volver al claustro
del cual fué por mí robada,
y corrió á esconder su oprobio
en una aldea lejana

donde nadie conociera
su deshonor ni desgracia:
¡en su seno maternal
un nuevo sér se albergaba!

»Pero el rencor religioso
fué á su retiro á buscarla
y haciéndola sin piedad
responsable de una falta
que mía y no suya era,
la castiga con tal saña,
que la víctima infeliz
de mi terrible venganza
vino por fin á morir
pobre, triste, en la desgracia,
dejando una pobre niña
huérfana y abandonada.

»Espantoso fué el castigo
que yo impuse á los canallas

que alguna parte tomaron
en aquella obra nefanda.

»Uno á uno los busqué,
y conforme los hallaba,
iban dejando su vida
en la punta de mi daga.

»Y cuando de todos dí
la cuenta por mí ajustada,
hice en memorable noche
desembarcar mis piratas,
y los muros seculares
del antiquísimo alcázar,
y la iglesia del convento,
hice pastos de las llamas
é iracundo renegué
de la religión cristiana,
no encontrando ni aún con esto
satisfecha mi venganza.

»Ahora que sabes la historia
de mis penas y desgracias,
dí tú si á mi resistencia
motivó y razón le faltan.»